El horno (1901), un cuento olvidado de Emilia Pardo Bazán en el diario *El Liberal* de Bilbao

Daniel Docampo Jorge
(UNED / Universidad de Navarra)
ddocampojorge@gmail.com

(recibido abril/2019, aceptado xullo/2019)

RESUMEN: Este artículo rescata el cuento *El horno* de Emilia Pardo Bazán del periódico *El Liberal* de Bilbao, publicado el 8 de diciembre de 1901, que no ha vuelto a ver a luz desde entonces y que nunca ha sido mencionado en el corpus de su obra.

PALABRAS CLAVE: Pardo Bazán, cuento, *El horno, El Liberal* de Bilbao.

ABSTRACT: The current paper recovers the story *El horno* written by Emilia Pardo Bazán from the newspaper *El Liberal* of Bilbao, published on 8th December 1901, since that date it has not been republished and of which there was no news.

KEYWORDS: Pardo Bazán, story, *El horno*, *El Liberal* de Bilbao.

INTRODUCCIÓN

El periódico *El Liberal* de Bilbao comenzó su andadura en julio de 1901 como una edición regional del famoso diario madrileño del mismo nombre, sumándose a las publicaciones con las que ya contaba en Sevilla y Barcelona (1901) y que cerraría posteriormente Murcia (1902). Su calidad destacó desde el primer momento contando en su dilatada existencia hasta 1937 con grandes nombres de la escena vasca, entre los que cabe mencionar a Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu o Julián Zugazagoitia, y, pronto y durante muchos años, se proclamaría como "El diario de mayor circulación del Norte". Esta búsqueda de excelencia quedaría visible en la hoja literaria del domingo 8 de diciembre de 1901, que ocupa las páginas 3 a 5, en la que colaboraron plumas muy estimadas de la época y que fue, además, brevemente reseñado por su homónimo de Madrid bajo el epígrafe "*El Liberal* en Bilbao" (10 de diciembre de 1901: 1):

"Con el número correspondiente al domingo último ha repartido *El Liberal* en Bilbao a sus lectores una notable hoja literaria, que contiene los siguientes trabajos escritos expresamente para el mismo:

El último papel, cuento, por Eugenio Sellés. —*La inclusera*, poesía de Vicente Medina. —*Pensando en Bilbao*, artículo de *El Sastre del Campillo*, con ilustraciones de Marín. —¡*Pitejo!,* cuento, por Arturo Reyes. —*El horno*, cuento, por Emilia Pardo Bazán. —PARÍS-LONDRES. *La religión de un literato*, por E. Gómez Carrillo. —*Un barbero de don Carlos*, por Carlos del Río. —*La ciudad de hierro*, poesía de Salvador Rueda. —*Las avefrías*, crónica, por José Nogales. —*Croquis cosmopolitas*. —*Acciones humanas*, nota cómica, ilustrada por *Chamba*"[1].

Sobresale, como no podía ser de otra forma, el cuento *El horno* de Emilia Pardo Bazán del que no tengo noticia que se haya vuelto a publicar desde ese día y nunca ha sido mencionado en el corpus de su obra. Este relato, inserto en las páginas 3 y 4, sitúa la acción en Areal, un pueblo que se identifica con Sada (provincia de A Coruña), donde se encuentran las Torres de Meirás en las que la escritora solía pasar algunos meses al año —y que se suma a otras geografías modificadas pardobazanianas como Marineda (A Coruña) o Vilamorta (Carballiño)— y que se puede rastrear, por citar unos pocos ejemplos, en otros cuentos como *La guija*, presentado como un "pacífico pueblecito ribereño" (1900b: 29), y *El pañuelo* (1901)[2] o en la novela *La Quimera* (1905)[3]. La trama resulta de la enemistad de la panadera Biatrís con la tabernera Reimunda, hacía poco viuda, al mantener esta una relación con su marido, Cicilio, y las penurias que soporta Biatris al verse en el extremo de trabajar no para poder dar de comer y vestir a sus cuatro hijos, sino para que Cicilio se pase las horas en la "casa de perdición" en la que "los cuartos reunidos con tantos sudores empezaron a chorrear de la panadería a la taberna". Pardo Bazán, con mano maestra, compara *in crescendo* la pobreza en la que empiezan a sumirse Biatrís y sus retoños mientras que Teodoriña, la única hija de Reimunda, se parece cada vez más a una "princesa de Asturias". La "hornerita", sin embargo, "pasábase las noches en vela amasando y enhornando, partía la leña ella misma, y de día, no habiendo dormido, con los ojos hinchados y vacía la cabeza, atendía a vender los molletes, a recoger los sacos de trigo, a cobrar y pagar, y, sobre todo, a las cuatro criaturas, realizando esfuerzos supremos para lavarlos la cara, zurcir su ropa, evitar que cayesen en la desnudez y la miseria, donde vinieron a sumirse por fin".

---

[1] El ejemplar del periódico que manejo se encuentra en la Hemeroteca Municipal de Madrid y corresponde a la edición de tarde, de 6 páginas. Aunque las páginas 3 y 4 fueron mutiladas en el centro para recortar lo que parece la ilustración de *Chamba*, el cuento de Pardo Bazán puede leerse sin problema. A la edición de mañana, igualmente en la Hemeroteca Municipal de Madrid, le faltan las páginas 3 y 4. Agradezco a María Isabel Salinero Oller, del Negociado de Microfilm de la citada hemeroteca, esta información.

[2] Este cuento se publicó el año apuntado en la revista barcelonesa *Pluma y Lápiz*, núm. 30, pp. 352-353.

[3] En los "Apuntes autobiográficos" que anteceden a *Los Pazos de Ulloa*, doña Emilia explicó las razones de la mudanza de nombres para evitar "cualquier inexactitud material", para "eximirme del realismo servil" y para tener "más libertad para *crear* el personaje" (1886: 78-79).

Asimismo, el contraste entre ambas mujeres, "poco expresiva, nunca hizo migas ni quiso parrafeo con vecinas y comadres", referido a Biatrís, y Reimunda que "reía y bromeaba con todo el pueblo, a mandíbula batiente, luciendo los paletos blancos entre los labios bermejos y duros", dramatiza aún más la oposición entre una mujer trabajadora y honrada y otra de vida alegre y disoluta. El cuento nos va conduciendo hacia la empatía sin reservas a Biatrís hasta que sus pensamientos se van tornando más oscuros y se presume una gran tragedia propia de las crónicas negras periodísticas tan del gusto de la época: "Llevaba cuatro noches sin pegar ojo, y en su mollera sentía un ruido muy grave, muy lúgubre, una especie de incesante campaneo. ¡Ding! ¡dong!". Ese sonido precipita la locura de Biatrís atrapada ante la "perspectiva más negra" de la pobreza absoluta y al ver ante su presencia a Teodoriña, que había ido a recordarla un encargo de su madre, acaba por introducirla en el horno "cerrando después la puerta de hierro entre rugidos de gozo", imagen mefistofélica y enajenada con la que se da fin al cuento[4].

"EL HORNO", REPRODUCCIÓN DEL TEXTO[5]

EL HORNO (CUENTO)

Las dos casucas están muy cerca: tan cerca, que el humo del horno de la panadería, cuando hace Nordeste y hay *cocedoiro*[6], se mete por las ventanas de la taberna, y la tabernera, la guapetona Reimunda[7], envuelta en una atmósfera densa y picante, se asoma a la puerta para maldecir y renegar de su vecina Biatrís. ¡Mal bicho que se la coma a aquella esmirriada, con tanto cocer de pan! ¡Aunque viniese a comprarlo todo Areal, y los pueblos y las parroquias darredor[8]!

A las voces insolentes de Reimunda, salen de sus tugurios, cosquilleadas de curiosidad, las comadres, a ver si es la cierta, si las dos mujeres se agarran, si se arrancan los pelos o se rompen los morros. Todas las simpatías de las comadres y del bello sexo de Areal pertenecen, ya se sabe, a Biatrís, la hornera. ¡Ponerse en el caso de la infeliz que está aguantando, va para tres años, que una desvergonzada le quite el marido y les coma a los dos cuanto ganan matándose a trabajar y resistiendo día y noche el chicharrero del horno[9], y lo más malo, que convierta en haragán al hombre.

---

[4] Los sucesos luctuosos y la temática violenta fueron una constante en la obra de Pardo Bazán. Véase, por ejemplo, Noya Taboada (2017). Precisamente, los cuentos mencionados *La guija* y *El pañuelo* acaban de forma trágica: en el primero, un niño desaparece dejando trastornada a su madre de por vida; y, en el segundo, una chica huérfana de doce años se ahoga en el mar mientras cogía percebes.

[5] Se transcribe el cuento actualizando la ortografía y manteniendo, con alguna mínima excepción, la puntación original. Se acompaña de algunas notas explicativas a pie de página.

[6] En "Marineda" de *De mi tierra* (1888; 1893: 332), Pardo Bazán habla del "cruel viento Nordeste, el viento de la queja y de la mofa"; *cocedoiro*: lugar destinado a cocer algo, en este caso, *cocedoiro* de pan (DRAG 2012).

[7] Los nombres propios del cuento están transcritos según el habla popular.

[8] *¡Mal bicho (…) darredor*!, este fragmento en estilo indirecto acaba con el término gallego *darredor*, 'de alrededor'.

[9] *chicharrero*: calor excesivo (DLE 2014). Véase *Insolación*, de Pardo Bazán: "Tiene razón la Diabla: ayer atrapé un *soleado*, y para mí, el sol… matarme. ¡Este chicharrero de Madrid! ¡El veranito y su alma!" (1889; 2005: 71).

Porque se ha de saber que Cicilio, el panadero, era un lobo para la labor hasta que se enredó con Reimunda y dio en pasarse las tardes muertas en la taberna[10], cerca del mostrador donde la buena moza despacha, con el escándalo de ayudarla a vender y bajar a la cueva por los jarros de vino[11]. Como que Reimunda ha despedido al chiquillo que ayudaba. Para nada le quiere, mientras esté allí Cicilio, esclavizado, dispuesto a servir a la parroquia, contar el dinero y hasta fregar los vasos, si a mano viene.

¡Y qué pormenores se refieren en las veladas de Areal, que alumbra la luz eléctrica, acabada de instalar y económicamente tasada por la humilde bombilla de diez![12] ¡Qué de chismorreos, qué de comentarios de aquel escándalo, tal vez único en su clase, en la localidad, porque Areal, aunque ha crecido, es todavía muy chiquito para encerrar grandes historias! Una y cien veces se repetían los sabidos antecedentes: el casamiento de Cicilio y Biatrís, que eran primos y se querían desde pequeños; el afán con que se pusieron al oficio, ayudando la mujer al marido, como una esclava, escogiendo y amasando y cociendo y vendiendo y ganando para las criaturas que les enviaba Dios[13]; el haber venido a establecerse allí, hacía cuatro o cinco años, aquella Reimunda que ya tuvo taberna cerca de la capilla del Desconsuelo y que acababa de enviudar; el cómo principió Cicilio a entrar en la casa de perdición, con el estribillo de llevar una bolla pequeña caliente[14], para la única chiquilla de Reimunda, la Tiodoriña, que, digamos la verdad, parece mismamente un ángel; el cómo se fue quedando un ratito a echar una pinga de vino fresco[15], que al que viene requemado del horno le sabe a gloria; el cómo ya no supo marcharse; el cómo los cuartos reunidos con tantos sudores empezaron a chorrear de la panadería a la taberna, y la Reimunda y su niña a salir bien majas los domingos y a lucir hasta cadenas de oro y reló de los que no hay que darles cuerda con llave…[16] ¡En fin, la mar, señores![17] Aunque, por solidaridad, los maridos intentasen tomar la defensa de Cicilio, alegando que un hombre es un hombre, que las mujeres son el enemigo y que nadie sabe la piedra donde

---

[10] *Un lobo para la labor*: esta expresión, que sirve para encarecer la pasada tenacidad en la panadería de Cicilio, la utilizó más de una vez Pardo Bazán. Así, en *La Tribuna* (1883; 2016: 229): "[Chinto] no sería fino ni buen mozo, pero era un burro de carga, un lobo para el trabajo y un infeliz"; o en el cuento *Planta montés* (1890: 75): "Cibrao, trabajador como un lobo (así dijo, aunque yo ignoraba que el lobo se distinguiese por su laboriosidad)" (1890: 75).

[11] *cueva*: bodega.

[12] La luz equivalente a una intensidad de diez bujías suponía, como bien dice Pardo Bazán, un alumbrado público modesto (aunque fue muy común).

[13] *como una esclava, escogiendo y amasando y cociendo y vendiendo y ganando*: con este polisíndeton, doña Emilia capta de forma magistral el esfuerzo (la esclavitud) de cada tarea. Con *escogiendo* se refiere al trigo, como ya relató en *El cisne de Vilamorta* (1885: 54): "[El panadero tenía] la santa cachaza de escoger el trigo grano por grano, y no admitir ninguno picado del gorgojo; así resultaba tan sabroso el mollete y con tanta liga".

[14] *bolla*: pan redondo con la corteza tostada, dura.

[15] *echar una pinga*: en el apéndice de *Un destripador de antaño (Historias y cuentos regionales)* la propia escritora incluye un glosario de voces gallegas definiendo esta expresión como 'echar un trago' (1900a: 336).

[16] *el casamiento (…) con llave*: otro magnífico ejemplo, como el polisíndeton, de una repetición, esta vez la anáfora, que busca precisar la insistente disección —"[u]na y cien veces"— de todos los pormenores de la historia por parte de los habitantes de Areal. Desde esta cadencia repetitiva se significa, en realidad, todo el relato enfocado en la actividad reiterativa de Biatrís, que ejemplifica Pardo Bazán con algunas enumeraciones extenuantes de su labor. El patetismo y el desamparo de su figura terminarán condensados en una frase funesta cuya titánica y desquiciante contención acabará por desbordarse en violencia: "Callar, callar, seguir callando...".

[17] *la mar [de cosas]:* mucho, muchas cosas (DLE 2014).

tropezará, tocante a esto del dinero no podían menos de convenir en que la cosa pasaba de castaño obscuro. [¡]Partía el alma ver a Biatrís, una chica decente, que en otro tiempo andaba tan arregladita, ahora cubierta de remiendos y toda desgreñada, por falta de hora para hacerse las trenzas; y a sus pequeños, vaya por Dios, ya descalcitos de pie y pierna, revolcados en el lodo y el polvo, jugando con las gallinas y los *de la vista baja*[18], que en invierno todavía hozan sueltos por Areal[19], mientras Tiodoriña, con lazo de seda azul en lo alto de la cabeza y vestido de lanilla fina, asoma con su muñeca grande en brazos hecha una princesa de Asturias!

El tema favorito de la indignación y extrañeza de Areal era la calma, la mansedumbre de Biatrís. Bueno que una mujer se arme de prudencia; a veces más se consigue, pero ya tanto… ni que sea de corcho[20]. Siempre tuvo aquella Biatrís el genio de callar, de tragarse las cosas; poco expresiva, nunca hizo migas ni quiso parrafeo con vecinas y comadres, que la juzgaban orgullosa y solapada: "muy mala". Algunas simpatías le restaba este modo de ser: Reimunda siquiera era llanota[21]; reía y bromeaba con todo el pueblo, a mandíbula batiente, luciendo los paletos blancos entre los labios bermejos y duros[22]. No obstante, si un día la hornera se decidiese a empuñar la pala y atizarle un buen solfeo a la tabernera[23], haciendo "un ejemplo", ¡con qué placer lo verían las burguesas de Areal, cuyos maridos e hijos se dejaban en el maldito establecimiento, entre clarete y baraja, la lana y la enjundia!

No parecía dispuesta la hornerita a complacer al público. Desde los primeros días de su desgracia, desoídas sus cortas frases de queja, sus indirectos reproches, se había encerrado dentro y fuera del hogar en un pétreo silencio. Laboriosa más que merecía[24], queriendo bastar ella sola para la faena que el compañero abandonaba, pasábase las noche en vela amasando y enhornando, partía la leña ella misma, y de día, no habiendo dormido, con los ojos hinchados y vacía la cabeza, atendía a vender los molletes[25], a recoger los sacos de trigo, a cobrar y pagar, y, sobre todo, a las cuatro criaturas, realizando esfuerzos supremos para lavarlos la cara, zurcir su ropa, evitar que cayesen en la desnudez y la miseria, donde vinieron a sumirse por fin. Porque si Biatrís tuviese siete cuerpos y catorce manos, y con todos y todas trabajase, no sería bastante para tapar los agujeros que abría la pasión creciente del cónyuge, embriagado por la bebida y la sensualidad, llevando a la taberna, al cajón de Reimunda, cuanta moneda acuñada entraba en la panadería. El vino traidor se tragaba el pan honrado, lo empapaba, lo disolvía, deshaciendo la obra de la valerosa

---

[18] *de la vista baja:* dicho de un animal: de ganado porcino (DLE 2014).

[19] *hozan*: de *hozar*, mover y levantar la tierra con el hocico (DLE 2014).

[20] *ni que sea de corcho: ser alguien de corcho* con el significado de indiferente, insensible, que no le afecta nada fue expresión común de la época. "Indiferente y estoico, el castellano vegeta sin acordarse de que *más allá* hay movimiento, industria, progreso, especulación y lucro. A él le basta con sus rudas vestimentas, iguales en verano que en invierno, y su sol de oro […]. Diríase que para este ser de corcho no existen el frío ni el calor" (Pardo Bazán 1902: 156).

[21] *siquiera*: al menos (DLE 2014).

[22] *paletos*: incisivos superiores centrales, cuya denominación más común es paletas.

[23] *solfeo*: zurra (DLE 2014).

[24] *merecía*: de *merecer*, conseguir o alcanzar algo que se intenta o desea, lograr.

[25] *mollete*: panecillo de forma ovalada, esponjado y de poca cochura, ordinariamente blanco (DLE 2014).

mujer. Y esta, desde que sus hijos adquirieron aspecto de mendiguillos y no comieron lo suficiente, sufrió una transformación; más silenciosa que nunca, se le leía en la cara algo nuevo, una especie de frialdad, de resolución sombría, desesperada.

Cuando Tiodoriña, la chiquilla de Reimunda, entraba en la panadería pidiendo su bolla caliente, su golosina, los ojos de Biatrís, fascinados, no sabían apartarse de la criatura. Ocho años que parecían diez, alta y formada ya; blanca y de buen color, como su madre; con una mata de guedejas rubias que mal año para la paja del trigo candeal; fresquita y cuidada como clavellina en tiesto[26], Tiodoriña era tan preciosa… tan preciosa, que la hornera sentía allá dentro, en su corazón magullado y herido, el infernal ardor del horno, la rabia del fuego que consume la sangre. ¡Y sus hijas, su Marina y su Cicilia, sin zapatos, con un andrajo sobre el lomo! ¡Y hay Dios en el cielo, y los rayos no caen, o si caen es en la torre de la iglesia!

Fue la víspera del día del Corpus —día de la hornada grande— cuando la panadera vio claramente otra perspectiva más negra aún que la desnudez. Sus hijos iban a quedarse lo que se dice sin pan; el vino había cumplido su oficio, tragándoselo todo, reblandeciendo y disolviendo los buenos molletes de tostada corteza. Por mucho que se vendiese en la semana, entre Corpus y domingo de Octava, era imposible reunir para pagar al contado el grano, y ya los proveedores, incluso el apoderado del Sr. de las Baceleiras[27], que acostumbraba a esperar más, se negaban a fiar ni media *ferrada*[28]. También faltaba para comprar leña seca… Era lo que estaba viendo venir Biatrís, el juicio final; la quiebra, el irse a los caminos pordioseando. Llevaba cuatro noches sin pegar ojo, y en su mollera sentía un ruido muy grave, muy lúgubre, una especie de incesante campaneo. ¡Ding! ¡dong! Nadie repicaba en la parroquia, sin embargo[29]. Y era preciso velar un día más, volver a cebar el horno, enhornar, cocer. ¿Hablar a su marido? Ni lo pensó la hornera. Sabía que era inútil; además, se conocía: de hablarle no se sentía capaz, de sacudirle con el hacha de partir leña, probablemente sí. Callar, callar, seguir callando…

Como una máquina, sin darse cuenta de lo que hacía, cargó el horno más que nunca y temprano: todo lo que restaba de buena leña de pino viejo. Pronto el calor irradió, ayudando a ablandar la harina blanca y pegajosa que la hornera sobaba regándola con agua donde se había disuelto un puñadillo se sal. Las manos de Biatrís agotaban con furia el ancho rollo de masa, encontrando desahogo en la violencia del ejercicio. Cuando empezaba a ligar el rollo, una vocecita cristalina se alzó, y la hornera vio delante de sí a

---

[26] El *trigo candeal* da, además, una harina de gran calidad; *clavellina*: clavel, principalmente el de flores sencillas (DLE 2014).

[27] Como señor de las Baceleiras, de nombre D. Ramón, aparece en el cuento *Ocho nueces* un avaro anciano que "poseía mucha tierra en aquella aldea misma y en otras partes" (Pardo Bazán 1897: 3) y que acaba muriendo.

[28] *ferrada* (o *herrada*): cubo de madera, con grandes aros de hierro o de latón, y más ancho por la base que por la boca (DLE 2014). Aunque esta significación tiene sentido, quizás se trate de un error de la autora, porque podría referirse a *ferrado*, que el DRAG define como: medida de capacidade para grans, legumes, sementes etc., de valor moi variable segundo os lugares ou segundo o que se mida que pode ir dos doce aos vinte quilos, e que corresponde habitualmente a dous tegos. / medida de superficie que segundo os lugares, oscila entre os catrocentos e os seiscentos metros cadrados, aínda que o seu valor pode ser moito máis variable.

[29] *¡Ding! ¡dong! Nadie repicaba en la parroquia, sin embargo*: la síntesis y concisión de esta frase con que se anuncia la locura de Biatrís es, sencillamente, genial.

Tiodoriña, altita, risueña, con su delantal blanco, su lazo rosa en el copete, sus pendientes de oro que hacían juguetear un toque de luz sobre el nácar de la oreja.

—Dice mamá que no se olvide de hacer para mañana la *bolla* de huevo y azúcar…

La hornera no respondió. Limpióse rápidamente las palmas en las caderas; avanzó recta, resuelta, terrible30[30]: agarró a la niña por la cintura, tapándole la boca con la otra mano, y antes de que pudiese comprender, ni defenderse, ni gritar, la metió a empellones en el horno, en el brasero vivo, donde allá, en el fondo, las ascuas crujían. Y, como las piernas bien calzadas de la criatura quedaban fuera, empujó, cerrando después la puerta de hierro entre rugidos de gozo[31].

Emilia Pardo Bazán.

[30] *avanzó recta, resuelta, terrible*: este asíndenton resume la actividad automática y precipitada de Biatrís (muy alejada, desde luego, del paciente "escogiendo y amasando y cociendo y vendiendo y ganando") en la materialización de su locura.

[31] Más allá de la temática del cuento, el horno fue un lugar más de la crónica negra. Hay que recordar que a la parricida de La Erbeda, en *La piedra angular*, su marido, sin llegar a hacerlo, "la quiso meter en el horno y arrimar lumbre" (Pardo Bazán 1891: 251). Pero también Pardo Bazán no deja de insinuar, con la asfixiante atmósfera del horno, el simbolismo demoníaco del fuego que se apodera de Biatrís y por el que "la hornera sentía allá dentro, en su corazón magullado y herido, el infernal ardor del horno, la rabia del fuego que consume la sangre"; en oposición a la pureza de Tiodoriña que "parece mismamente un ángel". Cabe mencionar el cuento *Posesión* (1895a: 1), en el que la escritora gallega enfrenta a un fraile dominico con una orgullosa endemoniada a la que este advierte que: "Un paso, un segundo, es el tránsito a la eternidad, y esa eternidad es fuego, no como el de aquí, que causa la muerte, y con la muerte trae el descanso, sino interminable, horrendo, continuo, que renueva las carnes para volverlas a tostar y recuaja los huesos para calcinarlos otra vez". Y, como Biatrís, la poseída tiene "[un] corazón, que es un brasero de llama rabiosa". En la misma línea, por ejemplo, está su soberbio artículo "Los reinos de Vulcano" (1895b: 1), donde describe de esta forma una ferrería en los Altos Hornos de Vizcaya: "Parecía aquello un antro ciclópeo, alumbrado por la siniestra e intermitente luz de la boca del abismo infernal. Dominan allí los tonos negruzcos, azulados y cenicientos de un celaje de tormenta, y el fuego brilla sombríamente como un carbunclo engarzado en la diadema de Satanás". No es baladí que continúe su relato asemejándolo a una panadería donde "[l]os hornos vomitan panes enormes de hierro blando, encendido" y le sugiera la visión de la actividad fabril "cual si se abriese ante nosotros la puerta del averno". Sobre la crónica negra del horno en lo literario, destaca, por cierto, el relato *En la boca del horno*, de Vicente Blasco Ibáñez, publicado en 1900 en el libro de cuentos *La condenada*, y en el que dos panaderos, compañeros de labor, por un ajuste de cuentas que había comenzado en el horno, acaban por darse muerte (y donde se representa a los trabajadores desde, otra vez, el dominio moral del fuego como "ánimas en pena de un retablo del Purgatorio" [1978: 130]).

BIBLIOGRAFÍA

Blasco Ibáñez, Vicente (1978): *Obras completas, tomo I*, 8.ª ed., 4.ª reimpresión, Madrid, Aguilar.

DLE = Real Academia Española (2014): *Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed. [en línea: <https://dle.rae.es>]. [24 de junio de 2021].

DRAG = Real Academia Galega (2012): *Diccionario da Real Academia Galega*. [en línea: <https://www.realacademiagalega.org/dicionario>]. [24 de junio de 2021].

"*El Liberal* en Bilbao" (1901), *El Liberal* [Madrid], 10 de diciembre, p. 1.

Noya Taboada, Ruth (2017): *La violencia en los cuentos de Emilia Pardo Bazán* [Tesis para la obtención del Grado de Doctor], Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela. [en línea: <https://minerva.usc.es/xmlui/bitstream/handle/10347/15255/rep_1324.pdf?sequence=1&isAllowed=y>]

Pardo Bazán, Emilia (2016): *La Tribuna*, ed. de Benito Varela Jácome, 19.ª ed., Madrid, Cátedra.

Pardo Bazán, Emilia (2005): *Insolación*, ed. de Ermitas Penas Varela, Madrid, Cátedra.

Pardo Bazán, Emilia (1902): *Por la Europa católica. Obras completas, tomo XXVI*, Madrid, Est. Tip. de I. Moreno.

Pardo Bazán, Emilia (1901): "El horno", *El Liberal* [Bilbao], 8 de diciembre, pp. 3-4.

Pardo Bazán, Emilia (1900a): *Un destripador de antaño (Historias y cuentos regionales). Obras completas, tomo XX*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Idamor Moreno.

Pardo Bazán, Emilia (1900b): "La guija", *Pluma y Lápiz* [Barcelona], núm. 3. pp. 29-30.

Pardo Bazán Emilia (1897): "Ocho nueces", *Blanco y Negro. Revista Ilustrada* [Madrid], 19 de junio, pp. 2-4.

Pardo Bazán, Emilia (1895a): "Posesión", *Los Lunes de El Imparcial*, 13 de mayo, p. 1.

Pardo Bazán, Emilia (1895b): "Los reinos de Vulcano", *Los Lunes de El Imparcial*, 25 de noviembre, p. 1.

Pardo Bazán, Emilia (1893): *De mi tierra. Obras completas, tomo IX*, Madrid, Imp. Agustín Avrial.

Pardo Bazán, Emilia (1891): *La piedra angular. Obras completas, tomo II*, Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull.

Pardo Bazán, Emilia (1890): "Planta montés", en *La España Moderna*, octubre 1890, Madrid, Imprenta de Antonio Pérez Dubrull, pp. 73-80.

Pardo Bazán, Emilia (1886): *Los Pazos de Ulloa. Novela original, precedida de unos Apuntes autobiográficos, tomo I*, Barcelona, Daniel Cortezo y C.ª Editores.

Pardo Bazán, Emilia (1885): *El cisne de Vilamorta*, 4.ª ed., Madrid: Librería de Fernando Fe.

EL LIBERAL 3

EL ÚLTIMO PAPEL

(CUENTO)

(Recito escrito para la Sra. D. Emilia.)

El pobre Juan Pedroso llevaba veintiocho años de comediante, sin haber conseguido todavía el lugar completo y definitivo con que soñó al profesar el arte escénico. Habíale abrazado entusiasmado vocación, como se abraza un culto, no impuesto por las condiciones de raza, sino elegido libremente en la edad del discernimiento. No era lógico dramático.

Llamado irresistiblemente por el dios é el dialfo, que inspira y gobierna esas vocaciones, Pedroso cambió los bancos del aula universitaria por las tablas del escenario, siendo muy joven, allá por los tiempos heróicos de nuestro teatro. Promettías entonces seguro y rápido glotia, y aun se la pronosticaban los admiradores y críticos que gouzon los primeros de su talento.

No hay ser humano, por infeliz y mísero que sea, que no haya tenido su día de oro, su momento relativamente próspero, clavo donde se cuelgan todos los recuerdos y quedan colgados todos los esperanzas de la vida.

Pedroso los había tenido, y fueron aquellos en que la crítica le llamó esperanza del arte, y dijo de él que empezaba por donde muchos acaban, frase bella que nada dice en substancia, si á nada comprometo, porque son muchos los que acaban mediocremente, y hasta si, pues, capítulo de genio, de los que no cuajan, y menos en estas tierras, donde los frutos tempranos no pueden llegar á madurez, quizá por sobra de sol, que, lejos de calderiza por grados sus rayos, les quema y seca prematuramente.

El calor meridional ésea con facilidad veleidosa prodigios de estufa, y meténdolos en altas temperaturas obtuvieron desvanecer á los erdúdos que pudieran llegar á robusta vida si no se cerraran desde luego portentos sin tacha, dispensados de mayor estudio.

Y dichosos él por haber siguiera gozado aquella aurora efímera, y de aquellas esperanzas prédigas antes que viniesen los tiempos desengaños de la realidad.

Empezó bien, y siguió tan bien alentrar andueyo por escenas fáciles sin mucho en encabezadas peligrosas. Y así corrió teatros y teatros, géneros, géneros, papeles y papeles, al principio avanzando, luego paradoxo en el punto natural que su aptitud, y no su ambición, había señalado á su arquero. Y de ahí no pasó nunca.

El, como todos los malogrados, echaba la culpa propia á envidias ajenas, segurro de que, si fin, el buen público le ganaría triunfaría de los intrigantes que le quitaban el sol.

Pero el buen gusto no acababa de triunfar, aunque Pedroso le ayudaba pelando con bríos y sin cansancio. Verdad es que no podía cansarse, porque su arte, que fué al principio profesión de gloria, llegó á ser oficio único para el sustento de la vida. Ya no sabía si aquí era sin más cómico, bueno ó malo.

El tiempo pesaba, lentamente las fuerzas y flexibilidad del actor, aunque no sus ilusiones. Siempre que algún público contentadizo le aplaudía, Pedroso veía en él el advenimiento del predicado redentor del gusto. Todos eran vilmente tardíos de la fama hubieran sido buenos, como recién del alnino y vencido de su mismo existencia, si el semdecendo comodante no tuviera una fatestis-escudanda con su desvanecimiento propietarios que los genios no comprendidos sacrificaban egoistamente á su fin.

Porque es de saber que el artista se había casado con mujer decidida, que le dió prole más abundante que los recursos para mantenerla.

Eso no importaba al comediante; iba negado á la cuenta viviría; hacienda de comedias! Llegó la gran pagé, tu último papel. Y á convencer con el corazón, pero á engañar á la Naturaleza!

—¡Qué sacrificio!—le preguntaron sus hijas y su mujer, en ocasión de uno de los arrebatos que le sacaban de quicio.

—Nada, nada—respondió calmándose.—No es cuidado de mi si os asustáis de lo que vuelve. Todo es virtud, estudio. He dado con el papel que ha de sacarme de pobre. ¡Al fin tenía que llegar. ¡No conocerás el drama! Pues es famoso. El protagonista muere de pena y de ingratitud. ¡Horrible! ¡Horrible! Pero ya dije que no es asunto. Lo estudiaré en casa, en la calle, en el teatro, de noche, de día, siempre y en todos partes. Me volveré armstrar las piernas. ¡Estudio, estudio! Dejadme á solas. Me vuelvo temblar. ¡Estudio! Me vuelvo reír como un imbécil ó llorar como un niño. ¡Estudio, estudio! Dejadme á solas. Me vuelvo revolverme como un loco ó pontrarme como un tronco. ¡Estudio, estudio: dejadme siempre, dejadme todas!

La mujer y la cuerpera estaban acostumbradas á creer en él como en Dios. Quedaron tranquilas y pasa mucho, y cumplieron el mandato, y respetando los momentos de estudio, dejaban solo á su padre siempre que le sobraban un ancianos los pobres de Hamabun ingenuidad.

—¡Padre!—le dijeron un día.—¿Qué bien has estado hoy! ¿Qué bien te has sido el papel?

—¿Me habéis visto?

—Por el ojo de la cerradura. No pudimos resistir al deseo. Estabas encantando el último ataque.

—Pues ya vés que no es el último. Todavía hay que perfeccionarlo. Tiene que salir más de vivo. No es asustarse, ¡oh?

—Ya ves que no.

—¿Estáis contentas?

—Contentísimas.

—Pues yo también, porque lo estás vosotros.

Cierto tarde Pedroso tuvo que retirarse del teatro donde ensayaba. Iba sin sufrimiento, que no escuchó prudente avisar al médico de la compañía para que le visitara después que el ensayo. Su familia se alarmó al verlo llegar.

—Lo de siempre—les dijo con palabras balbucientes, como si tuviese trabajo la singa.—Que me dejéis en la cama hasta el médico! Dejadme á solas, dejadme. Y las hijas le obedecieron también esta vez y le dejaron en su cuarto.

Las mechachas parte por curiosidad y parte por interés, permanecieron junto á la puerta. A través del ojo de la cerradura, como otras veces, veían al enfermo que allí en el fondo gesticulaba que nunca extáticas, andaba pesadamente pocos pasos, caía en el sillón, se levantaba de nuevo y volvía á caer.

De un de estas caídas no volvió á levantarse.

Quedó en el sillón retorciendo piernas y brazos. Torció la boca y quedó lanzó de la garganta un sonido ronco entre escupido sorda y gemido dolorosísimo. El espectáculo era espantoso, sobretodo en el momento en que el actor dejó la cabeza violentamente caerse del respaldo, haciendo crujir la madera. Y sobresaqia y admirada de tal suerte, que las hijas rompieron en un aplauso unánime sin poder contenerse.

En tal instante apareció el médico, que venía á ver al enfermo.

—¿Cómo está—preguntó.

—Admirabilísimo. Ensaya el papel. Es la misma verdad.

El médico entró en el cuarto, cerrando tras de sí la puerta. Un minuto después salió, prohibiendo á las mujeres que entraran, como querían.

—Efectivamente—les dijo—es la mis-

Destinos los años,
pero hay solicitudes
que invaden la casa
de los buenos dias.
Bandadas de pájaros
flacos, tragaviñas,
que escapan volando á huyen de las trojes,
una vez embutiendo de trigo.
II
Desesperanzados
de los achaques,
una anilidad
tocaron los tiros
picaros, muy blanca
y rubia como dia angelical.
Y al ver á la infanta,
pensaron, locuaces,
Reyes Magos,
Reyes Magos,
de los buenos dos.
—¡Chinia, que es feo!
—¿A qué habrá venido?
—¡Habrá la invitado!... Si á ti no te quiere
—¡Richela, tito!
Y los artimañas
de los tragaviñas,
las debilidades
y la sangre que fria un pequito,
¡ojeras que no quierda
¡ay vestil el Asilo
la nobre inclusera, que murió al invierno.
Y si no reconocerá más mi parcer
al fiorrabiale conjunto de aquella
multitud de sonidos, del rugido de los
hornos, del ordaar de las vagonetas de
los cargadores, del martillo de los tal-
lieres, de los silbatos de las locomotoras,
de los silvaso de los barcos, de las
campanas de los tranvías, el murmullo,
en fin, de toda una población que se
afana, armonioso conocimiento, himno so-
lemne de la evaluación de la vida.
Y como nota delicada entre tan re-
cias impresiones vo á la mu-
jer bilbaina, á aquella señorita
que embelleció el pa-
sado con su majestuosa elegancia, á aquella dificera que sigue la calle con su gracioso desenvoltura, y en
las cuales van encerrados el amor del cielo y el
amor del pobre y el
amor de todos, alma
de aquel esfuerzo so-
brehumano.
Y entre tanta vida, un
recuerdo triste viene á ha-
cer cómplice todavía en mi
ánimo: el recuerdo de aquellos
fúnebres entierros que en
todas partes nos salen al
paso para recordarnos
nuestro mortal tributo pe-
que en Bilbao, precisamente por el
ser de la existencia, por la intensidad
de energías, por la fortaleza de la
vida hasta por lo sobrio de la pompa,
dicen debe ecoto.
Y se me olvidará nunca la emoción
que me causó el primer
entierro.
Sabedor de
vida como yo estaba
por las impresiones
recibidas, el paso de
la muerte me sobre-
cogió sobremanera.
—¡También aquí se
muere!—exclamé con
infantil sinceridad.
—Sí, no muero, se
muere—me contestó
á mi mismo.—Pero
qué diferencia de la
muerte de la vida, á la de vi-
en holocausto de la muerte!
Aquí los muertos dejan hecho un pue-
ro un otro pueblo, y se presentan ocasión á que
se lo llevare el demonio.
Penetré, pues, en el baile, y entre tan-
tas hembras de frente como aquí las
sus adriticos, sus orejitones falidas do
son las sienes, sus cuerpos pulidos y sus ca-
bezas llenas de flores, vió á Lola en mu-
dio de aquel turbión de mares de corral
y de hombres de armas tomar, en bra-
zos de que no le gustaríaa apenas, pero
movíafados acompasadamente al son de
la música.
Recordó Jumillo el amor que sintiera
por aquella mujer, y sus medios de vida,
su desesperadas lágrimas; recordó
una por una los desprecios, los desvíos,
y, sobre todo, aquelas palabras con que
pudiera fin á sus pretensiones la mujer
querida; aquella palabra que le escupió,
sí, que le escupió la última noche que
con acordeón pidió dinero para su cariño
como quien pida una limosna;
aquella palabra que expresaba su odio,
el odio de su padre, y el que él lega-
ra á su hijo si algún día le hacía á tu
norte.
Y recordando todo aquello se le lle-
naron los ojos de lágrimas, arrojó una,
última y piadosa mirada de pereño so-
bre la tierra recien removida y se dejó
lentamente, muy lentamente, y murmu-
rando con mucho lo tremido.
—¿Quién le iba á decir que iba á ser
yo uno de los cargadores de ochenta tu-
nes encima de su carita morena!
Arturo Reyes.

EL HORNO

(CUENTO)

Las dos causas más comunes que cercen tan cerca, que el humo del horno de la panadería, mandan hoy Nochevieja y hoy cocedaíro, se mete por las ventanas de la taberna, y la hablada de Ramón y Ramona Reimundo, envuelta en una atmósfera de pan y de aceite, se asoma á la puerta para mediodía y rezagar de su vecindad Bistrés ¡Mal tiempo que se la como á aquella muchachita, con tanto cocer del pan! ¡Aunque vinieses á comparecer todo Arcol, y los pueblos y las parroquias durrodor!

A las voces insolentes de Reimundo, salen de sus tugurios, empollándose de sueño, los vecinos de Arcol, que, en la cierta, si les dos mujeres se agarran, ó se cargan los pelos ó se escupen la mujeres. Todas las simpatías de los cosmos, que, por lo que se sabe, Arcol pertenecen, ya se sabe, á Bistrés la hornera. ¡Pronto es el caso de la infeliz que es la agunadora, y que tres tres días, que una desvergonzadera le quite el marido y les coma á los de casa gamas matándose á trabajar y resistiendo día y noche el chichoneo los ruidos tufos. ¡Más guisa, que convierta en harapo al horno!

Porque se ha de saber que Clotilo, el panadero, no es ni tan malo ni tan bueno que se enredó con Reimundo y Ramona para que le dejasen en paz. Pero, por lo lacrar de vino. Como que Reimundo le despedió al chiquillo, que ayudaba, para más le quiero, mientras este así Clotilo, enclavinado, dispuesto á servir á la parroquia, contar el dinero y hacer llegar los vecos, si á mano vino.

Y así pormenores se refieren en las veladas de Arcol, que alumbra la luz

¡PITEJO!

(CUENTO)

Jumillo dió una última chupada al cigarro y se dirigió hacia el coche fúnebre, junto al cual ya le aguardaban sus compañeros de penas y fatigas.

El cortejo, compuesto en su mayoría de hombres de pelo en pecho, vestidos con todos con los ropas de los grandes solemnidades, mataba la espera hablando de la difunta.

—¡Ha sido un dolor! Era un relicario por lo buena, y por lo bonita, y por lo hacendosa, y por lo mujer de su casa—exclamó Curro Cárdenas, al par que se alisaba nervioso los rizados tufos.

—Sí que ha sido un dolor! ¡Que en la probeción no pasara! ¡Si parece mentira! ¡Si parecía que estaba malbaratando mil por los pesos de su pesaos!

—¡Es que á veces á Dios tambien se le van las piguetas! ¡Si hace cosas! ¡Si parecía como los propios ángeles!

—¡Hace cabo días! Tres horas que la vide yo en el de la Encarnación! ¡Aún pasan las ocasa en esto monolito amargo, se alevanta uno un día habladado de tú á la felicidá y al llegar la noche, ¡pás, pás, pás, la mortaja y cuatro vecinos y una misa, si hay quien la pague!

La conversación fúcilacrumpida por el sordo rumor producido por el ferrocarril se acercaba del coche por los cementerios.

Jumillo metió el hombro como sus compañeros y la comitiva se dirigió hacia uno de los patios de sanjas.

El recinto apenas ó tenía algo de fúnebre en aquellos instantes; el sol iluminándolo todo embellecíaqlo con su intensa luz las blancas manosolas, el musgo, los floridos sepulcros de los humildes y allá á lo lejos, la ringa poco pectiva sombreada de cosecos edificados de aquellos, y de aquellos de los dinjuntas de laderas.

Cruzó el cortejo por entre los cuntucos puntanos, turbando con sus pisadas la solemne quietud, y á poco delante al horde de una zanja, recién removida se respiraba el vivifiesantoso valgo de la tierra removida.

Detúvose el cortejo—repetimos—descansó al fresco al borde de la zanja, y mientras los enterradores limpiábanse el copioso sudor con el dorso de la manoso nos y con las mangos de las chamarretas los otros, descubrió Curro Cárdenas el cadáver, entonó sus preces el capellán, y

—¡Probecita! ¡Probecita! —exclamó con voz sentida uno de los concurrentes.

Jumillo arrojó, como, una sirena, una mirada de reproche á aquel, y, al ver á éste, al Bjarse en su rostro bello y afilado, en su color de marfil envejecido, en las ojunarañas y negrísimas guedejas que le caían todavía en mechones sobre la rinchada, á sus lividos labios que despiden vaho pétido destacados, al ver á muerta, en fin—repetimos—rebajó su ¡Dios mío, pídame surgores y

—¡Lola, es Lola!—exclamó acercándose á presencia de al fémoro.

Cibelé de nuevo la fin de la difunta al representaba de la familia, y nosotros después que dan lada la caja sobre la fosa recien abierta.

—¡Con cuidado—gritó Jumillo con voz iracunda á sus compañeros, y

—¡Con cuidado no digo!—repitió mirándolos con aire sombrío y amenazante.—Si ver chocar el féretro contra uno de los bordes de la zanja.

Minutos después se alejaba la comitiva, al frente de la cual caminaba el sacerdote haciendo al sol los vecinos matices de la salida colana.

Jumillo, al quedarse solo, sentóse en un ángulo de una losa, pensó tristemente la vista en la tierra amontonada sobre la sepultura y exclamó con ronco acento.

—¡Pobre Lola!

Y, al conjuro de aquel nombre, recordó aquella mujer, aquella mujer que tres primera con aquella mujer ¿Cuán bien lo recordaba todo! Era un domingo y era la noche, hablaba vestido de gala y hablaba ido al ¡Huerto de Amor, no! Jumillo, sino á vez bailar y á bebeno dos vecinos y á su presentada ocasión á que se lo llevare el demonio.

Penetró, pues, en el baile, y entre tantas hembras de frente como aquí las sus adriticos, sus orejitones falidas do son las sienes, sus cuerpos pulidos y sus cabezas llenas de flores, vió á Lola en medio de aquel turbión de mares de corral y de hombres de armas tomar, en brazos de que no le gustaríaa apenas, pero movíafados acompasadamente al son de la música.

Recordó Jumillo el amor que sintiera por aquella mujer, y sus medios de vida, su desesperadas lágrimas; recordó una por una los desprecios, los desvíos, y, sobre todo, aquelas palabras con que pudiera fin á sus pretensiones la mujer querida; aquella palabra que le escupió, sí, que le escupió la última noche que con acordeón pidió dinero para su cariño como quien pida una limosna; aquella palabra que expresaba su odio, el odio de su padre, y el que él lega-ra á su hijo si algún día le hacía á tu norte.

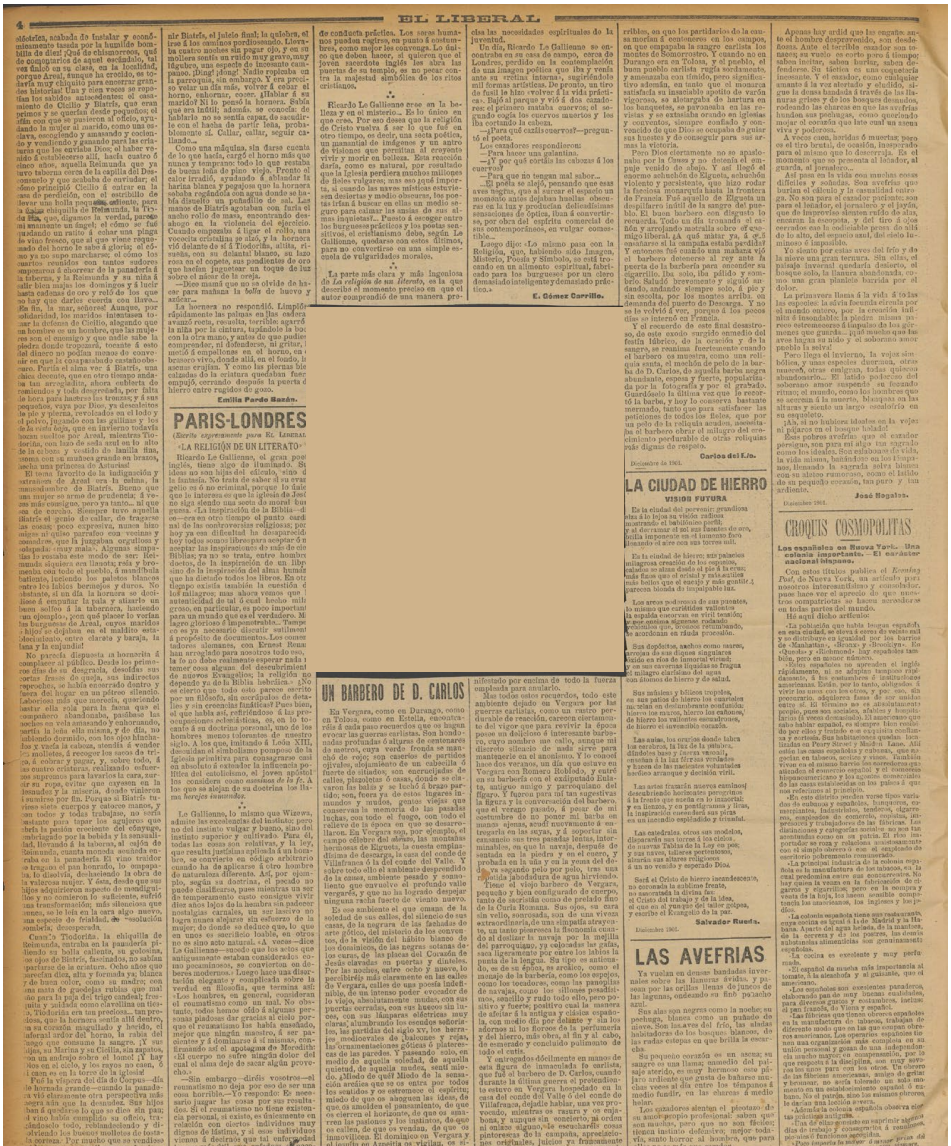
Y recordando todo aquello se le llenaron los ojos de lágrimas, arrojó una última y piadosa mirada de pereño sobre la tierra recien removida y se dejó lentamente, muy lentamente, y murmurando con mucho lo tremido.

—¿Quién le iba á decir que iba á ser yo uno de los cargadores de ochenta tunes encima de su carita morena!

Arturo Reyes.

Pardo Bazán, Emilia (1901): "El horno", *El Liberal* [Bilbao], 8 de diciembre, p. 3.
[Cortesía de la Hemeroteca Municipal de Madrid]

© 2020 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna. Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 15, pp. 105-114.



4 EL LIBERAL

...sidelias, subada de tintalar y económicamente tasada por la lujuriosa bonilla de diez! ¡Qué de chismorreo, qué de comparaciones de aquel sexo, que tres falsos en su clase, en la localidad, porque Arral, aunque la aprecia, se tiraría muy chiquito para encontrar grandes historias! Una y otra vez se repetían los sabidos antecedentes: el casamiento de Cirilio y Blanqueta, que eran primos y se querían desde pequeños; el hallazgo de la pasiera de Cirilio, que iba andando la mujer al marido, como una ...ciera, acogiendo y amamantando y cocinando y vendiendo y ganando para las criaturas que les agriaba Dios, el haber visto á establecerse allí, hacía cuatro ó cinco años, aquella Reimunda que ya vuelve taberna como de la capilla del Consuelo y que acababa de enviudar; el cómo principió Cirilio á comer en la casa de predicón, con el escribillo de llevar una bolla pequeña, artística, para la Gaiosa chiquilla de Reimunda, la Virgen Fea, que, digamos la verdad, parecía amanuense un ángel; el cómo se fué quedando un rato á cobar más ...lo vino fresco, que al que viene regaladas del horno le sabe á gloria; el cómo no ya los sapos marcharse, el cómo los ...ustros reunidos con nuestro cuerpo empezaron á chorrear de la panadería á la taberna, y la Reimunda y su niña á salir bien majas los domingos y á lucir hasta cadenas de oro y relós de los que no hay que darles cuerda con llave... En fin, la mar, señores! Aunque, por solidaridad, los mozos hablaban tanto en la defensa de Cirilio, alegando que un hombre es un hombre, que las mujeres son el enigma y que nadie sabe la piedra donde tropieza, tocaba á uno del dinero no pedían menos de convencer en que le conquistaba entusiasmo... Pues si á uno vez á Blanqueta, una chica decente, con en otro tiempo más tan arrejalito, ahora cambiaba de comienzos y todo desgraciado, por bata de lana para hacerse los trueno y á sus pequeños, vaya por Dios, y desnudetos de pie y pierna, revolcados en el lodo y el polvo, jugando con las gallinas y los ...ha cuto fuga, que en invierno todavía hacen cuellos por Arral, mientras Tiodorita, con lazo de seda azul en lo alto de la cabeza y vestido de lanilla fina, ...mena con su madrea grande en brazos, hecho una princesa de Asturias!

El tema favorito de la indignación y extranieu de Arral era la ...ntina, la amancebamiento de Blanqueta. Bueno que una mujer se arma de prudencia. Á veces más consigue, pero ya tanto... al que con de ...ecido. Siempre tiro apunta Blanqueta, el genio de callar, de fragarse las cosas poco expresiva, nunca hizo migas al quien parrafeo con vecinas y conocidas, que la jugaban orgullosa y ...ostegada: muy mala. Algunas simpatías le ...ncaba esta mujer, como de hombre ...mando siquiera sea lasata; está y ...mencia con todo el pueblo, á manillbala batiente, jefiendo los pulsos Blancos entre los lirios bermejos y duros. No obstante, si en día la hacían ...ta bellísima é empujar la pala y atizarle un buen sofiso á la taberna, haciendo ...un ojeaplo, pon que pluce lo voltan las burguesas de Arral, cuyos maridos ...hijos le dejaban en el maldito estado ...desvinando entre chavas y hijos ...lana y la ...ulido!

No parecía dispuesta á humanizar á compañeros al público. Desde los primeros días de su desgracia, desolidas sus ...ortas frescas de ...ajo, sus indiscretos repuchos, se había encerrado dentro y hacía del hogar en un pétreo silencio. Laborioso más que nunca, queriendo ...antar ella sola para la familia y el compañero abandonado, pasábase las noches en vela amasando y ...ndando, sentía la ...ela ella misma, y de día, no obstando dormirse, con los ojos hinchados y vuelta la cabeza, atendía á vender los mollotes, á recoger los ...ocos de tristeza, á cobrar y pagar, y, sobre todo, á los contro cristianos, realizando cuberos ...ne supremos para lavar la cara, zurcir su ropa, evitar que cayesen en la ...bandad y la miseria, donde ...ntaban ...ó suyitos por fin. Porque si Blanqueta tiene ...ieto corazón y alma ...ncia, son todos y todos trabajuso, no sería ...ndante para tapar los agujeros que ...bela la pasión crociente del cónyuge, ...mbrigado por la bebida y la ...ndad. Hernando á la taberna, al cajón de Reimunda, cuanta moneda sonaba ...ntra en la gamuleta, á ...ntar ...ndos ...s tragueo el pan honrado, lo compañero, lo ...ntado, de la mujer, lo ...ntado de la valerosa mujer. Y esta, donde que sus ...ijos adquirieran aspecto de ...ndrajos y no comieran lo suficiente, sufrió una transformación: más adinerada que ...ntes, se le leía en la cara algo nuevo, una especie de ...ntadad, de ...ntación ...mbria, desesperada.

Cuando Tiodorita, la chiquilla de Reimunda, ...ntaba en la puerta, el pelinelo su bolla caliente, su golosina, ...ntaba de ...ntar, fascinados, no sabían ...portarse de ...ntarse. Ocho años que ...ncelas día, ella y Reimunda y Blanca y de buen color, como su madre; con ...ta mata de guedejas rubias que ...nda para la pala del trigo candeal; frescuita y sonbada como clavellina ...tre ...s. Tiodorita era un predicción, un presagio, que la hermosa santa allí destoro, ...a su Corazón engañado y herido, el infernal ardor del horno, la rabia del ...ngo que consumía la sangre. Y ...ndigo, así Marina y su Cirilia, sin agazapo, ...on un ardejo sobre la cabeza? ¡Y hay ...ios en el cielo, y los rayos no caen, ...l caso es en la torre de la iglesia!

Fué la víspera del día de Corpus—día ...le hornada grande—cuando la ...ndad ...a vió ...ismo otra perspectiva más ...negra aún que la demonda. Sus hijos ...han á quedarse lo que se dice sin pan ...l vino hubo cumplido su oficio, tra...ndiendo todo, ...ntendiendo y ...ndiendo los buenos mollotes de tostada ...ntrina. Por mucho que se vendiese ...l la ...ndad, entre Corpus y domingo ...le Octava, era imposible reunir para ...ngar el ...ndado el grano, y ya los ...ovedores, ...ndoso al apodado del ...r, de las Bendiciones, que ...ntumbraba ...ngerse más, se negaban á fiar al menú ...ravada. También falsifica para comprar ...ncia ...ca... Era lo que estaba viendo venir Blanca, el juicio final; la quiebra, el ...ro á los ...ntonos predilecuondo. Llevaba cuatro noches sin ...pagar ojo, y se ...ndo mollero sentía un ruido muy grave, muy ...ndo, ...ndo, una especie de inmenso ...ndo ...pamo. ¡Ping! ¡ping! Nada replanba en la parroquia, sin ...ndrgo. Y era preciso volver á la día más, volver á entrar al horno, enfornar, cocer. ¿Hablar á su marido? Si lo pensó la horrera. Sabía que era infiel; además, se conocía de habérsele no quería ...ndo ...ndo ...ndo le con el hacha de partir leña, probablemente al Cullar, cullar, gaitero, ...ndo...

Como una máquina, sin darse cuenta de lo que hacía, cargó el horno más que nunca y trajinó como todo lo que quedaba de buena lata de pino viejo. Pronto el calor irradió, ...radando á ...ndo ...ndo barrias blancas y pegajosas que la horadera ...ndo ...ndo ...ndo